

LETRAS SANGRIENTAS

CESAR CASANOVA LOPEZ

Letras Sangrientas



César Casanova López

<http://cortados.idomyweb.com>

© 2011 César Casanova López



Letras Sangrientas por César Casanova López está bajo una [Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 3.0 Unported](#).
La portada es una imagen modificada del original de [XXXRobot](http://www.flickr.com/people/robo7/) en <http://www.flickr.com/people/robo7/> originalmente bajo la misma licencia CC, BY-SA-NC.

Escrito en 2011 con OpenOffice.org

ÍNDICE

Sixteen Tons

Du Hast

Whiskey in the Jar

Dead Flowers

Polly

Sixteen Tons

Algunos dicen que el hombre se hizo de barro. Un peón como yo no es más que músculo y sangre, y piel y huesos, una mente débil y una espalda fuerte. No me llames cuando me frían, San Pedro, porque llevarán mi carne al matadero y la mezclarán con el resto; por eso saben tan mal las hamburguesas de la compañía.

Cargas dieciséis toneladas de electrónica sobre tus hombros, ¿y qué consigues? Un día más viejo y cada vez más hundido en la mierda. Te pagan unos centavos por producir un kilo de electrónica, pero el día que compres un despertador nuevo no podrás comer. Otros pasan doce horas soldando minúsculos componentes a circuitos impresos, ¿y qué consiguen? Cada día un poco más ciegos y hundidos en la mierda. Cargas dieciséis toneladas, ¿y qué consigues? Apenas has cubierto el seguro médico de la empresa, la tasa de jubilación de la empresa, los impuestos de la empresa... Yo que tu les suplicaría una reducción de jornada a ocho horas o no podrás cubrir gastos; hey, seguramente te ignoren, eres uno y pequeño.

No me llames cuando me frían, San Pedro, porque la deuda trasciende mi carne de hamburguesa. Cuando firmé el contrato les vendí mi cuerpo, ahora debo mi alma con intereses al super de la empresa. Cargas dieciséis toneladas, ¿y qué consigues? Un día más hambriento y un poco más desesperado.

El encargado de las placas de circuito impreso me enseñó a disolver el cobre de las planchas unicapa. No por nada cuando nací en las barracas de la corporación una mañana triste en la que el Sol no brillaba, me apodaron 'Gresca Buscaproblemas'. Por segunda vez me arrastré hasta RRHH y les rogué una reducción de jornada a ocho horas, pero esta vez no me largué de allí con el rabo entre las piernas. Lo bueno de la fibra de vidrio de los circuitos impresos es que corta, pincha y pasa los detectores de metales. Los corbatas no me concedieron la reducción, pero al menos este bruto calmó su rabia. Si me ves aparecer, échate a un lado. Aquel día muchos no lo hicieron, y todos ellos murieron. Mañana los peones como yo podrán comer picantes morcillas de cacique al ajillo.

Cargas dieciséis toneladas, ¿y qué consigues? Tu último día en la tierra con el culo en esta incómoda silla eléctrica. No me llames cuando me frían, San Pedro, porque la deuda trasciende mi carne de hamburguesa. Aún le debo mi alma al super de la empresa.

Du Hast

Aún guardo aquella camisa, tiene carmín en el cuello y apesta a gasolina y a carne quemada. Fue un día duro. La carrera había empezado casi un día antes, en una sucursal del Deutsche Bank en la que todos los putos clientes resultaron ir armados. Desde entonces no paramos ni un puto segundo. Los chicos me llevaban ventaja. Volaron hacia el norte siguiendo el plan. Mientras, yo me jugaba el pellejo escurriéndome entre sucias callejuelas hasta el motel barato en el que se alojaba aquella chica. No era amor, simplemente me sentía incapaz de renunciar a esa belleza, estaba enganchado a esa fragancia dulzona que bañaba su cuerpo. Logramos arrancar el motor de aquel montón de chatarra que solía llevar cuando la conocí. Ella condujo toda la noche. Yo trataba de olvidar el rugido de las balas, el color de la sangre sobre las baldosas de mármol, mi miedo... El aire helado se colaba por todas las putas ranuras de ese puto trasto. Crucé los brazos aún con más fuerza para conservar el calor y me apreté contra la portezuela. Sentía mi cuerpo frío y rígido como el del fiambre que podía haber sido. Mi cabeza retemblaba sobre la ventanilla de hielo, los postes telefónicos cruzaban veloces uno tras otro. Apenas un débil fulgor pálido y triste comenzaba a brotar por el horizonte. Me volví hacia ella. Tenía aquella inquietante mirada serena, perdida en el pequeño parche de asfalto que alumbraban los faros. Llevaba el vestido rojo que le compré, bien ceñido a esas curvas que me volvían loco. Sus manos pálidas de uñas rojas acariciaban dulcemente la piel gastada del volante, y el viejo cacharro ronroneaba, serpenteando por aquella carretera secundaria en medio de la nada. Tras la última curva divisé el maizal, y el destartalado granero al fondo. Torcimos a la derecha y abandonamos la carretera por un camino de grava. Sus zapatos rojos de tacón alto pisaron con decisión el pedal del freno y las ruedas patinaron sobre la tierra mojada. Las uñas rojas giraron la llave del contacto y el jadeo metálico se ahogó; y ese silencio extraño que nos acompañara toda la noche se hizo aún más poderoso. Nos miramos durante un instante, saboreando temerosos la pasión del peligro que intuían nuestros sentidos. A veces es todo tan jodido que no merece la pena decir una palabra. La agarré de la nuca y la besé ferozmente, sabía que sería la última vez. Degusté sus gruesos labios rojos, aquella boca que tanto placer me había entregado las últimas cuarenta noches. Respiré su aliento cálido. La mordí el lóbulo de la oreja, la chupé el cuello, retorcí aquellos labios con mi boca esperando obtener un poco de su sangre para atraparla en mí, deseaba un pedazo de su carne, quería comerla y llevarla siempre dentro... Respiré hondo, inundé mis pulmones de aquel sensual perfume suyo, unos segundos... Y cuando tuve suficiente, la aparté de un manotazo que la devolvió a su asiento. Me volví para recoger la mochila de la parte trasera. Había preparado aquella mochila un día antes del golpe, y aunque no pude acercarme a la maldita caja fuerte, finalmente tuvo su propósito. Dos kilos, saqué uno y medio, mi .45, reluciente como cuando la robé de una armería el año anterior. En aquel instante ni siquiera lo medité un segundo, reinicié el contador y devolví la mochila al asiento trasero. Me volví hacia la puerta evitando su mirada, no la hubiese soportado una vez más. Salí del carro y me guardé la pipa a la espalda, en la cintura de aquellos pantalones tan elegantes. La brisa de la mañana era gélida. Había perdido la chaqueta en la huida, caminaba en mangas de camisa hacia el granero y comencé a temblar. No era frío, tampoco era miedo, exactamente... más bien la angustia de afrontar algo que no quieres imaginar.

Abrí el portón de madera, y el chirrido me arañó los nervios. Dentro todo era oscuridad, fría y húmeda oscuridad. Di un par de pasos y la puerta se cerró de golpe a mis espaldas. Tras unos segundos pude vislumbrar una luz amarillenta al fondo del cobertizo. Caminé lentamente hacia ella por un corredor de vigas de madera astilladas. Bajo aquella bombilla desnuda flotaban pálidas máscaras de porcelana que me vigilaban severas. Empecé a distinguir sus camisas blancas, cruzadas por los tirantes y las corbatas oscuras. Me observaban inmóviles, en aquel pesado silencio. Apenas pude resistir la tentación de echar mano a la .45, me temblaba la mano. En ese momento, el hedor del pánico debía de haber inundado ya la barraca, porque uno a uno fueron quitándose las máscaras. Los muy cabrones reían con dientes blancos y afilados, se estaban cachondeando de mí. Feroces bocas sonriendo a coro en una carcajada rabiosa y cruel.

-- Pero que hijos de la gran puta... -susurré yo, sin poder evitar que una sonrisa nerviosa se dibujase también en mi rostro. Y finalmente la callada tensión estalló en un caos de risotadas histéricas, y al tiempo, en suspiros de perdón y alivio. Antes de que nadie dijese una palabra estábamos brindando en vasos de plástico, vodka cálido y cristalino de una botella de Vallure que apareció y desapareció. Sí, lo sentíamos... nada podría separarnos, nunca. Sí... el golpe había salido de puto culo, pero estábamos vivos, joder, y eso era lo importante. Sí... nos estaban esperando, ni siquiera pudimos ver la maldita caja, mi caja bonita, mi caja soñada... Pero brindamos por nuestras vidas, y por los palos que vendrían y nos harían ricos algún día. Sólo podrían pararnos las balas. Brindamos y reímos. Brindamos hasta dejar seca otra botella de Vallure. Y cuando quise darme cuenta estaba tan borracho que no me tenía en pié. Los chicos me ayudaron a sentarme, en aquella silla de madera, solitaria, dura y fría bajo la bombilla desnuda. Y me ataron las manos a la espalda. Cuando quise darme cuenta, las máscaras me observaban severas de nuevo.

-- Tu -me decía el antifaz de Lindemann.

-- Tu odias -decía el de Kruspe.

-- Tu me odias -decía Ollie.

-- No, no... -balbuceaba yo sin comprender nada.

-- Tu -me decía Lindemann.

-- Tu has -decía Kruspe.

-- Tu me has -decía Ollie.

-- Tu me has preguntado -dijo Landers.

-- Y yo no he respondido -dijo Flake.

-- Dinos, Doom. ¿Serás fiel hasta que la muerte nos separe? -preguntaba una y otra vez Lindemann.

-- Sí, sí... -balbuceaba yo, sin comprender nada.

-- No, no -decía Kruspe. Alguien trajo un bidón metálico de cinco litros, y me dio una ducha con él. Gasolina, me entraba por la nariz, me quemaba la garganta, intenté no tragar... Apenas podía respirar... Aquellos cabrones querían hacer un 'Rervoir Dogs' conmigo. Me faltaba el aire. Finalmente respiré, respiré hondo y el sabor de la gasolina se mezcló con el vodka en mi lengua hinchada. Alguien agitó una caja de cerillas junto a mi oído. Después escuché prender un fósforo, cerca, sentí el calor del fuego. Veía las máscaras brillar rojizas ante las llamas. Moriría, y me lo había estado buscando. Pensé en la chica: ¿Qué haría ella? ¿Qué hizo ella?

-- Dinos, Doom. ¿Le serás fiel hasta que la muerte nos separe? ¿Quieres, hasta que nos mate esa vagina? -preguntó Lindemann.

-- ¡No, no...! Ella... ¡¿Quién es ella?! -grité yo.

-- Tu me has preguntado -dijo Landers.

-- Y yo no he respondido -dijo Flake.

-- Tu, tu eres, tu eres el responsable. Pregúntate a ti mismo -me decía Kruspe.

-- Dinos, ¿serás fiel a esa vagina hasta que nos separe con la muerte? -preguntó Lindemann.

-- ¡Ella...! -grité yo. Y el frío llegó de nuevo. El color de la sangre se apagó en las máscaras. El espantapájaros se había consumido a mis pies. Pero yo estaba vivo.

El pálido amanecer nos saludó cuando abandonamos el granero. Ya no tenía frío, ya no tenía miedo, el alcohol parecía haberse evaporado en las llamas, estaba lúcido por primera vez en un tiempo, sabía lo que quería y lo que no... era libre de nuevo. Caminé tras los chicos, hacia la carretera. Ella estaba sentada en aquel trasto, esperándome, desesperada. Su ojos brillantes me buscaban entre los trajes oscuros. Nuestras miradas se encontraron. Sí, seguía vivo. Primero sonrió, indecisa. Después supo que había acabado. Sus mentiras habían ardido hasta desaparecer de mi mente. Esos ojos demasiado dulces manchados de rímel barato y lágrimas de cocodrilo no conseguirían colocarme las esposas. Le dí la espalda y seguí mi camino. Los chicos tenían el coche al otro lado de la carretera, bajo una manta vieja. Mientras nos alejábamos de ella miré mi reloj. Faltaban sólo tres segundos. Había reactivado el temporizador, sin saber por qué. Dos segundos. Quizá algo en mi interior supo la verdad desde el principio, pero no quiso afrontarla. Un segundo. Medio kilo de C4 dentro de una bolsa de deporte en el asiento trasero de su coche. Cero. Siempre recordaré sus besos.

Whiskey in the Jar

Cruzando la frontera entre Madrís y Guada
mi dulce amada, la noche, huía en la alborada.

La horquilla de mi chopper alegre saltaba
sobre parches del asfalto que nadie arreglaba.
Sabor a carretera traía a mis labios el viento,
trotando un día entero y ya estaba sediento.

Vi a lo lejos el neón del Parada Obligatoria,
recordé ese whisky casero que nubla la memoria.

Detuve el motor en el parking de tierra
junto a una lata alemana que pedía guerra.

Aunque dicha montura no fuese tal
la del fiel cliente habitual
no dude y me presenté puntual
a tomar mi bebida espiritual.

Al sheriff encontré en la penumbra de aquel bar
contando el dinero que aquel día logró robar.
Pues el poder y la extorsión caminan siempre muy unidas,
con sus gorilas limpiaba los garitos, perdonando vidas.
De mis huevos saqué primero la pipa y después la navaja.
"¡Quietecitos!" dije yo "¡Afloja la pasta o verás cómo raja!"

Me largué de allí con el botín de la extorsión.
"El crimen compensa" fue mi única conclusión.
Aun tenía sed de whisky y mucha hambre de conejo,
"Un completo de Silvia" recordé "te deja sin pellejo"
Y a gastarlo en ella corrí con todo aquel dinero,
cuando llegué ya terminaba con el feliz marinero.
Al ver todos aquellos papeles me dijo "te quiero",
pues nunca la imaginé enamorada de un pendenciero.

La ofrecí un poco más,
"¡No te dejaré jamás!"

Me tiró sobre la cama y follamos sin parar
aquellos besos apenas me dejaban respirar.
Y que el demonio se la lleve,
pues engañar es trabajo leve
que unos ojos bonitos y una figura grácil
convierten al hombre en un tonto muy dócil.

Mush-a rain dum a doo dum a da
Whack for my daddy-o
En los vaqueros, recordé, tenía una china marroquí
Y aún de beber me quedaba un buen trago de whisky!!

Muy borracho ya y bastante cansado de follar me desperté,
ella hablaba por teléfono, y con ganas de los pelos la agarré.
Sobre la cama la tumbé y de nuevo nuestras bocas se mordieron
"Te quiero " ella me dijo, y ahora sé que sus labios mintieron.
A eso de las seis irrumpía en la alcoba el sheriff corrupto.
Sus hombres armados traía, vociferando todos algún exabrupto.
Tonto eres al imaginar que me acuesto sin mis pistolas,
te diré que ellos la cagaron igual, si así te consuelas.
Mis cañones escupieron a diestro y siniestro.
Llamé al infierno y les dije "es todo vuestro".

Mush-a rain dum a doo dum a da
Whack for my daddy-o
En la cama la muy puta quieta se quedó como un maniquí
Y aún de beber me quedaba un buen trago de whisky!!

A uno tipos les gusta pescar, otros buscan cazar puercos
A los vecinos les pone escuchar los gritos de los muertos
No tardaron los vecinos en llamar a la Guardia Civil.
Y me atraparon los muy cabrones por esa gentuza vil.
A mí me gusta acostarme con Silvia en la cama
No es nada raro, solo soy un delincuente que ama
Pero tras las rejas estoy en el catre tumbado
Pues de sus crímenes el sheriff fue perdonado
Que el alcalde y el comisario visten de sastre
Y no visitan la trena villanos de tal lustre
La ley sirve tan solo para reprimir al silvestre
Que el juez conoce al alcalde del club equestre.

Mush-a rain dum a doo dum a da
Whack for my daddy-o
Pa'brirle el pecho a un guardia fabriqué un berbiquí
Y aún de beber me quedaba un buen trago de whisky!!

Whiskey in the jar-o
Mush-a rain dum a doo dum a da
Mush-a rain dum a doo dum a da, hey
Mush-a rain dum a doo dum a da
Mush-a rain dum a doo dum a da, hey

Dead Flowers

Bien, ahí estas sentada en un gran sillón tapizado de seda,
riendo y bebiendo con algunos de esos tipos ricos con los que ahora te codeas.
Bueno, espero que no me veas a través de los altos ventanales,
aquí congelado, escondido entre los arbustos, en mi andrajosa compañía,
tu sabes que nunca pude estar solo...
Esperando entre los arbustos, fuera de tu nueva mansión, fuera de tu nueva vida...

Sí, jódeme mi pequeña Susi, jódeme bien.
Ya se que te crees la reina de las cloacas,
ya hablas como tus amigos empresarios, lo leí en la prensa local:
Una mujer hecha a sí misma, de las calles llegaste hasta lo mas alto por méritos propios.
Claro que sí, tras una gran fortuna siempre hay un gran crimen.
No seré yo quien te niegue el mérito.

Sí, jódeme mi pequeña Susi, jódeme bien.
Ya se que te crees la reina de las cloacas,
y puedes seguir mandándome flores muertas cada mañana,
enviarme flores muertas por correo,
con esa etiqueta que dice 'disfrútalas',
y que no falte la papelina de azúcar moreno atada con celofán entre los tallos.
Me enviarías flores muertas al centro de desintoxicación si me decidiera a dejarlo.
Me enviarías flores muertas a mi boda, ya sé que nunca me quisiste lo más mínimo.
Gracias por tus apestosas flores, y no te preocupes,
porque yo no olvidaré colocar rosas sobre tu lápida.

Bien, mientras tú conducías un Cadillac de color rosa
y te acercabas hasta el hipódromo para apostar a otros caballos dopados...
Bueno, yo estaba en un sótano oscuro donde tengo alquilada una cama fría y húmeda.
Allí estaba yo con una aguja y una cuchara, y otra morena que se llevase lejos mi dolor.

Bien, mientras tu quemabas la viruta del golpe en caprichos y bobadas,
yo me conformé con los pellizcos de caballo mal cortado que me enviabas.
No te importó si me mataba el mono o si moría de sobredosis.
Me envías flores muertas, sólo cuando te acuerdas de tu traición.
Toda esa guita que no repartiste te llevó a frecuentar los mejores salones de fiesta,
aquellos en los que las grandes ratas de la ciudad se rascan la espalda unas a otras.
Allí conociste al alcalde en carne y hueso, poco después él conoció tu carne en persona.
Lo comprendo, el parné de aquel palo no duraría mucho en tus manos, ¿verdad?
Escuché los rumores; le follas tan bien que te ha pedido matrimonio, el pobre idiota.
Ahora más que nunca te acuerdas de mí, ¿verdad, pequeña Susi?
Temes que pudiera irme de la lengua si me falta un fije, ¿verdad, pequeña Susi?
Por eso me enviaste el último ramillete de flores muertas.
Sí, jódeme mi pequeña Susi, jódeme bien.
Ya se que te crees la reina de las cloacas,

Bien, mientras tu te montabas en un Cadillac de color rosa
y te paseabas por el hipódromo apostando a otro caballo ganador...
Bueno, yo estaba en un sótano apestoso y frío, con una aguja y una cuchara,
Allí a oscuras con mi andrajosa compañía,
tu sabes que nunca pude estar solo...
Ahí estaba con una aguja y una cuchara,
a punto de chutarme la mierda que me mandaste.
Pero mi morena me rogó como solo vosotras sabéis, y dejé que se pinchase primero...
No duro medio puto minuto. ¿Qué mierda metiste, cariño? ¿Estricnina?
La dejé allí tumbada, durmiendo el sueño eterno, como una Blancanieves cárdena,
con tus flores putrefactas sobre su carne fría.
Aún siento su fantasma arrastrarse a mi lado por las sucias callejuelas.
Mi pobre niña, ella sí me amaba, me adoraba casi tanto como al jaco.
En parte la envidio; pero no tengo prisa, me marcharé cualquier otro día...
No quiero largarme de este asqueroso planeta sin poner rosas sobre tu lápida.

Bien, ahí estas sentada en un gran sillón tapizado de seda,
hablando y riendo con los chicos del alcalde, con los que ahora te codeas.
Bueno, espero que no me veas aquí fuera, en mi andrajosa y espectral compañía...
Tu sabes que nunca pude estar solo, ella me ha empujado hasta este barrio bien.
Ya veo entrar en el salón el sobre que hace un minuto le confié a vuestro mayordomo.
Cruza la alfombra persa con pasos rápidos, el sobre viaja en una bandeja de plata.
Pasa frente a tus ojos sin que te fijes en él, siempre me has subestimado, pequeña Susi.
Tu alcalde, ese mafioso hijo de puta con aires de caballero digno y respetable,
recibe mi carta aún repantigado cómodamente frente al fuego de la chimenea.
Sus manos de gorila rasgan la cartulina y sostienen mi foto, mientras tu sigues riendo.
A través de los gruesos vidrios escucho su bramido de animal, y tu salón enmudece.
Ese orangután disfrazado de traje y corbata se pone en pie con ojos rojos de furia,
y en dos zancadas atraviesa el salón hasta tu sillón tapizado de seda.
Te lanza la foto a la cara, tu lloriqueas, los demás caballeros se apartan discretamente.
Tu gimes y prometes, pero nunca fuiste buena actriz salvo en la cama.
Él levanta su mano, veo el atizador de la chimenea en su puño pálido por la ira.

Sí, ahora recuerdas aquel instante, ¿verdad? Tú, besando el retrato descolgado.
Me recuerdas ahora jugando con mi vieja Nikon en el despacho del alcalde.
Íbamos ciegos, mi pequeña Susi. Escuchamos lo de la caja y fuimos allí sin planear nada.
Nos lo pasamos bien aquella noche. Te morías de risa, al ver aquella caja abierta.
Toda aquella pasta y los fardos de caballo, todo eso que no compartiste conmigo.
Tú, besando el retrato descolgado del alcalde, frente la caja fuerte de su despacho, clic.
No me acordé de la foto hasta que me echaste de nuestro apartamento.
Hasta que metiste toda mi ropa, mis jeringas y mi vieja Nikon en una caja de cartón.
Esa simpática foto es mi regalo de bodas, cariño, espero que os guste.

Bien, ahí estás echada en un gran sillón tapizado de seda cubierta de sangre y sesos.
Ya no podrás reír más con esos tipos ricos que ahora se afanan en corren las cortinas,
que sólo piensan en como deshacerse de tu horrible cadáver sin cabeza.
Pero no importa dónde te entierren, mi pequeña Susi,
porque no olvidaré poner rosas sobre tu tumba.

Polly

Polly quiere otra galletita salada... Creo que debería sacarle el calcetín de la boca, tiene la cara azul y esos ruiditos que hace para respirar me revuelven las tripas. Cuando llegué del cole, papi y mami salían a recorrer la urbanización con el resto del vecindario. Tenemos un buen rato para pasarlo bien a solas. En el sótano nadie oirá los gritos.

Polly quiere una galletita salada... Quizá debería bajarme primero de sus escuálidos lomos. Se arrastra desnuda y sucia sobre el frío hormigón; temblorosa, como aquel chucho al que solía dejar comida en el jardín. Me lamía cuando lo acariciaba y mamá decía que cualquier día me pegaría la rabia. Quizá mamá tenía razón.

Creo que quiere un poco de agua... para apagar el soplete con el que acaricio su piel, tan blanca y suave. Tendré que gastarme la paga de tres domingos en spray ambientador. Aunque papi y mami nunca bajan aquí. Sólo hay ropa vieja y trastos rotos, herramientas roñosas y un pequeño arcón de chapa donde guardo a mi nueva mascota.

Polly quiere una galletita salada... Pero no fui yo quien le dijo al gorrión "déjame cortar tus sucias alas". Los deditos de sus manos ya casi han dejado de sangrar. Sí, voy a ponerme con las uñas de los pies. ¿Dónde dejé los alicates de papá? La carne se pone blanca como el papel. Sí, grita, llora. Aún no llego a comprenderlo del todo, pero cada vez me siento mejor al escuchar sus gemidos, al sentir su cuerpo vibrar de dolor. Por fin, la uña se separa de la carne y la sangre comienza a brotar. Antes, parece que hiciese siglos, todo era más fácil, disfrutaba con cosas sencillas. Pero ahora debo encontrar ese secreto suyo, o me quedaré hueco para siempre. Sólo ella puede ayudarme.

"Déjame montarte", le digo mientras la pongo a cuatro patas. Y vuelvo a recordar aquel chucho callejero al que solía dejar comida en el jardín. Un día, ella le dijo "déjame montarte", y le ató la comba de Barbie al cuello. Montada sobre él ella decía "no te hagas daño tú mismo". Y la soga le estrangulaba cada vez un poco más cuando el animal se revolvía. Antes yo *era*... Recuerdo que amaba a aquel saco de pulgas. Recuerdo que entristecí cuando pasaron los días sin que apareciese por mi jardín. Ahora es diferente, no siento nada por nada. Sólo un frío y oscuro vacío por el que escapa mi alma.

Necesito su ayuda, para darme placer... "Déjame montarte", digo mientras la pongo a cuatro patas. Yo también quiero encontrar esa paz, sonreír plácidamente como la niña más mona del cole. La más mona, todos lo dicen, ahora más que nunca, porque ha desaparecido y todos temen lo peor. Tengo algo de cuerda... del piano de mamá. Se la he anudado al cuello y ella me ha dicho: "Te promet-, aj... t-te he d-cho la v-rdad...", pero aún no me ha explicado cómo llena ese *oscuro vacío*.

Necesito su ayuda, para darme placer... Hace una semana que la escondo en el sótano. Nadie lo sabe. Papá abandonó hace tiempo el bricolaje, mamá teme que haya ratas. Cuando la dejo sola le meto el calcetín en la boca, la ato y la guardo en el arcón. Desnuda y apestosa, pálida, sangrante, le faltan dos dientes, algunos mechones de pelo, tiene heridas supurantes y tiembla como una hoja. Es un repugnante pellejo de huesos y fluidos resecaos que no para de babear y gimotear.

Necesito su ayuda, para darme placer... Y me ha ayudado, me ha contado sus cosas... Yo tenía un conejo blanco y gordo. Las tardes de sol lo sacaba al jardín. Un día desapareció. Ella lo cogió y lo dejó morir en una estrecha jaula para pájaros escondida en el desván de su casa. "Te promet-, aj... t-te he d-cho la v-rdad...", pero no me cuenta cómo

llena ese *oscuro vacío*.

"Déjame montarte", la digo mientras me siento en sus huesudas caderas y tiro fuerte de su melena rubia. Han puesto carteles con su carita sonriente por toda la urbanización, pero ahora no la reconocería ni su mamá, la simpática y escalofriante profesora de ciencias. En el cole nos preguntan cuándo la vimos por última vez. Polly, la niña desaparecida más mona de su promoción. Quiero algo de ayuda, para satisfacer mi *oscuro vacío*.

"Déjame montar", le digo. "No tires así, no te vayas a cortar el cuello tú misma". Sus ojos rojos escapan de las órbitas y de nuevo ese terrible ronquido de asfixia que tanto me excita. Me hace sonreír, me hace sentir vivo, mi corazón hace tic-tac de nuevo. Quizá termine robándole esa sonrisa calmada y sencilla que todos adoran.

Polly quiere una galletita, quizá no quiere morir de hambre. Como mi conejo blanco. Me pide que la desate... Um, una persecución sería divertida durante un rato. Polly dice que le duele la espalda... Lleva ya un buen rato atada al banco de trabajo, su piel suave y pálida tensa como la de un tambor. Está tan aburrida como yo. Corto las bridas de plástico con los alicates moteados de sangre seca y trozos de uña con laca rosa.

Me flipa la voluntad que da el instinto... Me ha pillado por sorpresa. ¿De dónde ha sacado el destornillador? Me lanza estocadas con ese punzón doblado. La agarro del brazo, poco más que un hueso pellejudo. Forcejamos en la oscuridad. Un tarro de cristal cae al suelo y se hace añicos. Sus pies desnudos pisan tachuelas y vidrios rotos. Grita, solloza, gime desesperada. Quizá como aquel chucho ahorcado. La empujo y cae al suelo. Me siento sobre sus pequeñas tetas enrojecidas por el soplete. Le retuerzo la muñeca. Sus labios morados jadean bajo los míos. Empujo su puño cerrado, acercando el hierro a su carita bonita. Me mira con ojos vidriosos que no ven futuro alguno. Lo acepta, paralizada de terror, como aquel pájaro al que arrancó las alas...

"No te hagas daño a ti misma", le digo, y empujo un poco más. El acero comienza a hundirse en su ojo desorbitado. Está tan asustada que no puede gritar, solo tiembla, vibra. Un escalofrío me recorre la espalda. Me siento tan excitado... Estoy a punto, tanto que me es imposible dar marcha atrás. Apoyo todo mi peso y la penetro poco a poco, saboreando cada segundo, hasta el final.

Polly está quieta, tirada en el suelo como una linda muñequita con un destornillador clavado hasta el mango en la cuenca del ojo. Un flujo de excitación y relajación fluye por mis venas como el yin y el yang. Encuentro el Nirvana. Me invade una luz cálida. Me siento completo de nuevo, normal, como cualquier chico debe sentirse. Sí, ahora lo entiendo todo. He llamado a la muerte y ha venido... Gracias... Me acuesto sobre su cuerpo helado y la beso con verdadera pasión. Beso a la muerte, y me lleno de vida. Nuestra amiga oscura ha limpiado la suciedad de un ser patético, débil, tembloroso, repugnante e insoportable... Ha llevado a Polly al estado más puro de todo ser.

Me voy relajando con cada latido de mi ardiente corazón. Ahora lo comprendo. La calma de su espíritu tras el éxtasis de una lucha inútil. Jadeo unos minutos saboreando ese nuevo placer descubierto, esa libertad, ya sé quién soy y lo que necesito... Pero poco a poco el calor desaparece de mi cuerpo y regresa la amenaza del *oscuro vacío*... Mi mente gira como una peonza. Aún tengo que librarme de Polly... Observo su bonito cadáver y se me ocurre que podré mantener lejos mi apetito mientras corto en trozos a Polly. La sierra eléctrica de papá servirá. Sí, como en una autopsia... Sí, como en clase de ciencias...

Entonces recuerdo a la mamá de Polly. Se mudaron aquí cuando murió el papá. Lo trajeron desde Iraq en una caja. Sirvió valerosamente en la prisión de Abu Ghraib entregando su vida por la democracia. Los rumores dicen que se atragantó con una

loncha de panceta insurgente en el desayuno y murió de asfixia. La pensión del ejército no era suficiente, así que Polly y su mamá se mudaron aquí. Mamá empezó a dar clases en el cole. La buena profe de ciencias. Siempre con esa sonrisa apacible en los labios, siempre de buen humor. Le encanta jugar con bichos. Clava mariposas y escarabajos en alfileres y los mete en alcohol y formalina mientras mueven aún las patitas. Cada día inventa la cuestión perfecta para abrir en canal un ratón y rebuscar en sus tripas la respuesta. ¿Por qué se empeña en hacerlo mientras aún viven? ¿La violó de niña Mickey Mouse? Ahora ya no, pero antes me revolvía el estómago con esas preguntas tuyas tan raras: ¿Qué pasa si cortas a un gusano por la mitad? ¿Y si lo vuelves a cortar? ¿Sigue retorciéndose inútilmente? Observa... Es por este sistema nervioso distribuido en forma de hilo. Mira, pincha con el punzón esa cosa blanca y arrancársela. ¿Sabes que puedes hacer saltar a una rana cuando quieras? ¡Sólo tienes que clavarle un par de electrodos en las ancas y meterle corriente! Mira, ¿lo ves? ¿Y qué crees que pasa si le ponemos los electrodos en las orejitas y aumentamos el voltaje? Mira, ¿lo ves? Chicos, hoy toca vivisección...

Se me ocurre que Polly y su mamá se parecen bastante... Se me ocurre que necesito su ayuda. Nunca entré en la casa de Polly, pero quizá tenga un sótano bien aislado. Así no tendría que esperar a que mis papis salgan de fin de semana. Sí, la profe tiene buenos lomos. Sí, la pondré a cuatro patas y la diré: "Déjame montar un rato. No hagas eso, no te cortes tu sola...". Sí, diré: "Necesito que me ayudes, a darme placer..."

2011-10-30 Creative Commons by Cesar Casanova BY-SA-NC

FIN